

La Isla Continental

La Cuba que vi fuera de Cuba

M i b á l y D é s

UNA INTRODUCCIÓN QUE POCO TIENE QUE VER CON EL RESTO

Cuba convierte a todos sus visitantes en pequeños colonos potenciales, dispuestos a formular sentencias de trascendencia histórica sobre sus experiencias en la Isla, sean positivas, negativas o mixtas. Un viaje organizado de unos días, con playas y criaderos de cocodrilos incluidos, proporcionan suficiente material a cualquiera para hablar con soltura y convicción sobre los cubanos y el régimen que padecen u ostentan, según el enfoque del Colón contemporáneo y multiplicado por el turismo masivo.

De hecho, todos los viajes, todos los encuentros con el Otro, inspiran juicios parecidamente fundados. Se es capaz de opinar sobre realidades absolutamente ajenas e ininteligibles por mucho menos que un viaje trasatlántico. Unas secuencias del telediario resultan más que suficientes para que uno se haga una composición de lugar de los más enredados conflictos internacionales, para que tome partido y, sobre todo, para que logre su pequeño orgasmo moral, su catarsis de cada día. Amén.

Lo que pasa es que en el caso de Cuba se mezclan demasiadas cosas y a menudo la implicación (pro o contra, da lo mismo) es mayor. El hoy menguado mito de una revolución diferente sólo ha sido uno de los elementos de vínculo y muchas veces apenas un elemento para disfrazar otras atracciones. La fascinación por Cuba, por sus paisajes geográficos y humanos es muy anterior a la revolución castrista y al aliciente de la carne fresca y barata; pero lo cierto es que ha crecido después de ella. En el fondo se trata de una variante de la fascinación por el trópico, lo exótico y por el *buen salvaje*, con todas las implicaciones culturales que esto supone.

En el caso del interés de España hacia la Isla intervienen, además, otros elementos sobradamente conocidos

que convierten el afecto hacia Cuba en una relación paternalista nunca confesada. La lengua común en lugar de servir para un cabal entendimiento sólo acentúa esa desigualdad: el arrebatador acento cubano y el genio idiomático de los isleños se convierte en una gracia folclórica, un hecho pintoresco, una manera de hablar simpáticamente infantil, y el cubano en un encantador salvaje que habla *nuestro idioma* de un modo tan curioso y divertido que impide tomarlo en serio del todo tanto a él, como a sus problemas. Otro tanto hace la necesidad de ver al cubano siempre presto a bailar, a entregarse a la pachanga y a la fiesta. Esa visión despectiva disfrazada de admiración permite explicar la terrible situación de los cubanos con el recurso de que ellos, a pesar de todo, lo están pasando bien, sonríen, bailan y fornican despreocupadamente, porque ellos son así de alegres.

La relación del español con lo cubano es mucho más compleja que la del ex-colonizador que mantiene una relación nostálgica-posesiva con la Isla. Parafraseando el dicho popular: en Cuba se perdió más que una colonia. Y lo que de veras se perdió fue nada más y nada menos que el paraíso, al menos para los españoles que querían hacer (e hicieron) dinero y encontrar una realidad menos ruda y opresiva que la peninsular. Y curiosamente se perdió no con la *independencia* (ya que la verdadera invasión de los *indios* españoles-catalanes continuó en la época republicana de Cuba), sino con la *dependencia* de la doctrina marxista-leninista, cuando la idea del paraíso terrenal fue sustituida por la del utópico.

Resulta muy comprensible que en el contexto de uno de los regímenes más reaccionarios, autoritarios y provincianos de Europa todo espíritu mínimamente democrático, toda persona con una pizca de sentido de justicia social simpatizara con la revolución cubana. Pero también resulta lógico que esta simpatía, precisamente porque se alimenta no de un conocimiento real y ni siquiera de una auténtica afinidad sino de una necesidad ideológica, construya una imagen artificial de Cuba, más basada en los deseos que en las realidades. Nace entonces, alentada por el régimen de Fidel Castro, esa visión de una Cuba prerrevolucionaria tercermundista, analfabeta, sumida en la miseria, burdel y colonia de los Estados Unidos, que la revolución viene a transformar en una sociedad igualitaria y justa.

De hecho, nunca me he encontrado a ningún *progre* español ni latinoamericano que conociera siquiera mínimamente la Historia y la Economía cubanas más allá de los lugares comunes y las medias verdades. Que supiera, por ejemplo, que en los años cincuenta Cuba ocupaba el segundo lugar entre los países latinoamericanos en cuanto al PIB, adelantada sólo por Venezuela, país que gozaba de la efímera bendición del *boom* del petróleo, y donde el reparto de los bienes era mucho más desigual que en Cuba. Hasta el Partido Socialista Popular (antiguo Partido Comunista cubano), propicio, como todos sus correligionarios, a anunciar el derrumbe definitivo ante cada bache, se vio en la necesidad de redactar una resolución en plena dictadura de Batista según la cual si bien había en Cuba una profunda crisis política, no se podía hablar de crisis económica. Los que hasta hoy hablan de la *época americana* no saben que la economía

cubana de entonces dependía menos de la norteamericana de lo que después de la revolución dependería de la soviética, que la mayoría de la industria azucarera estaba en manos cubanas y que uno de los mayores males de la economía, el monocultivo, resultó ser un mal menor en comparación con lo que se convirtió la dependencia del azúcar en la época castrista. Los nuevos colonos suelen utilizar el giro “lo construyeron los americanos” cuando se refieren a edificios públicos y privados que denotan cierta opulencia y modernidad, cuando en realidad la inmensa mayoría de ellos es obra de capital y arquitectura cubanos, incluidos túneles y el imponente conjunto de la plaza de la Revolución (Biblioteca Nacional, Teatro Nacional, Ministerios, el monumento a Martí).

En cuanto al analfabetismo, naturalmente existía, pero mucho menos de lo que quisieran los que necesitan un pasado prerrevolucionario subdesarrollado. De hecho, Cuba fue uno de los países más alfabetizados de América, tan sólo adelantado por Argentina y Uruguay.

Esto no quiere decir que en Cuba las cosas iban bien y mucho menos se pretende justificar o magnificar la época batistiana, régimen corrupto y represivo, pero ¡helas, esas cosas pueden ocurrir (Chile de Pinochet, Corea del Sur, Hong Kong, Taiwán, etc.)! en una economía boyante.

Para España la comparación con Cuba es casi humillante. A nivel político ninguno de los regímenes tenía que envidiarle nada al otro. Pero en cuanto a libertades individuales, costumbres, consumo, y nivel económico, Cuba estaba mucho más desarrollada que la España de los 50. Basta ver las ruinas de supermercados, grandes almacenes, coches, salas de cine y diversión, basta ver los pisos de El Vedado. Un poeta cubano me contó la siguiente historia: como su familia no tenía suficientes recursos para enviarle a estudiar a Estados Unidos lo mandó a España. En la residencia universitaria, después de unas semanas, trabó amistad con un chico español, quien, en un momento de intimidad, le preguntó si tenía alguna enfermedad de la piel. “No, ¿por qué?”, contestó el cubano. “Entonces, dijo el español, ¿por qué te pones una pomada o que sé yo en el sobaco cada mañana?”

El malentendido de esos estudiantes de medicina (sic) españoles que no conocían el desodorante resulta ser tierna ignorancia anecdótica en comparación con el malentendido histórico de generaciones de jóvenes ilusos que defendían una Cuba ideológica y se negaban a reconocer la real. Pero en vez de seguir disecando esas imágenes distorsionadas de la Isla, se me ha ocurrido recuperar algo de mis primeros encuentros con Cuba, aún antes de llegar a visitarla.

UNA RADIO Y UN MAPA

La primera vez que recuerdo haber oído el nombre de Cuba, debió ser en 1962, cuando la Crisis de los misiles. Yo tenía once años y estábamos delante de la radio. La televisión prácticamente no existía aún en Hungría (en Cuba empezó justo doce años antes). Así que la vida social húngara giraba alrededor de la radio, concretamente uno de esos aparatos con una lucecita verde, un ojo en el centro y que nosotros llamábamos “cazamundo”, lo que quería decir que se podía escuchar algo más que las dos emisoras oficiales. Debió ser

después de la cena y las noticias de las ocho. Debieron decir algo terrible acerca de Cuba que llegó a excitar a mi padre, un comunista duro pero también puro, esto es, idealista. Contradicciones mayores han existido. “Miremos en el mapa” ordenó mi padre, y nunca sabré si quería averiguar dónde estaba Cuba o, como reconocido estratega en la familia de la política internacional, quería ubicar el conflicto en su más general contexto geopolítico. Yo naturalmente no sabía dónde se encontraba Cuba, ni siquiera su nombre me sonaba. Me acuerdo haber mirado incrédulo aquel gusanito (aún no sabía que se trata de un lagarto verde) tratando de penetrar en el coloso del norte. No podía imaginar qué daño podía hacerle a los americanos ni qué tenía que ver con ellos. Pero se me contagiaba la excitación de mi padre y llegué a desear de todo corazón que se hiciera justicia y que los cubanos dispararan aquellos misiles de una vez y luego, viniera lo que tuviera que venir.

Gracias a la revolución ahora nadie tiene que recurrir al mapa para encontrar a Cuba. Pero éste es un logro que comparten todos los países que alcanzan un sitio duradero en las primeras planas de los periódicos, desde Bosnia, Palestina o El Salvador hasta Afganistán, Chechenia o Burundi. La diferencia radica tan sólo en que ningún otro país pequeño logró permanecer como centro de atención durante tan largo tiempo como la Cuba castrista.

Después de aquel episodio delante de la radio y frente al mapa, no volví a tener una relación directa con Cuba hasta los veinte años, salvo una experiencia gastronómica que no registré como cubana. Ocurrió más o menos por las mismas fechas de mi descubrimiento de la Isla. Las tiendas de comestibles se llenaron con unas extrañas conservas de origen tropical, que contenía una especie de crema o sirope de color amarillo y de un exótico sabor dulzón afrutado. Por aquellas fechas, principios de los sesenta, en los países comunistas no era precisamente común encontrar víveres de origen tropical. A lo que sí estábamos acostumbrados era a ver en las tiendas conservas oriundas del Campo de la Paz, esto es, del COMECON, del Campo de la órbita soviética. Por lo general eran las mismas cosas que Hungría ya producía con mejor calidad y presentación: pepinos polacos, mermeladas soviéticas, compotas búlgaras... El negocio consistía en comprarle a los países hermanos productos que no podían venderles a nadie y que, por lo general, tampoco podíamos utilizar nosotros. Una variante aún más perversa de ese intercambio tribal de la *solidaridad* se producía cuando un país se veía obligado a entregar barato, casi regalado, productos para los que hubieran podido encontrar un mercado mucho mejor. En el caso de Cuba esto ocurría con el azúcar, por ejemplo. Hungría intercambiaba autobuses Icarus por un azúcar cubano que no necesitaba ya que tenía su propia azúcar de remolacha, ciertamente de peor calidad, pero mucho más barata y absolutamente comestible. Tanto el azúcar cubano como el autobús húngaro hubieran podido encontrar mejores compradores. Por esa misma razón, la Unión Soviética estaba invadida por los más exquisitos cigarros cubanos que los isleños no habían visto desde principios de los sesenta, que en Occidente no se encontraban ni a precio de oro, y que los rusos, acostumbrados a sus *majorkas*, no querían ni regalados.

A partir de finales de los sesenta empezaron a aparecer productos más exóticos en Hungría: guisantes y judías verdes en conserva chinos, bastante buenos, unas incomedibles mini-conservas de carne vietnamitas (de las que el sutil humor de Budapest decidía que eran hechas de sobras de soldados norteamericanos) y unas curiosas naranjas cubanas, que luego no logré encontrar en la isla, que daban un abundante y sabroso jugo. Pero en los tiempos de la extraña mermelada no se encontraba ningún producto ultramarino en Hungría. Sin embargo, ni el exotismo ni la rareza pudieron con el conservador estómago de los magiares, entrenado en grasa de cerdo, paprika y pimienta. Las misteriosas conservas tropicales se amontonaban en las tiendas y ni siquiera rebajadas a mitad de precio hubo manera de venderlas. Mi padre, un hombre de principios, no podía dejar de expresar su solidaridad con la conserva socialista y compró cantidades industriales de ellas. Éramos seis hermanos pero aún así demoramos más de un año en consumirlas. La comíamos en el desayuno, como mermelada, la llevábamos a la escuela untada en el pan como si fuera mantequilla, se hacían pasteles con ella y muchas veces la comíamos para la cena acompañada de un té mejorado con una pastilla de sabor a limón. Al principio nos gustaba, pero, como es natural, con el tiempo llegó a empalagarnos. Mas cuando finalmente se acabó, empezamos a sentir nostalgia por ella. En fin, llegó a formar parte de nuestra infancia, un recuerdo irrecuperable más, como el de un verano en el lago Balatón, o el olor de los libros de texto a principios de septiembre. Muchos años después logré identificar la misteriosa conserva: era una especie de mermelada de mango cubana.

FRAUDE Y EXPULSIONES

Volví a tener contacto con Cuba a los 20 años, en mi primer curso en la Universidad de Budapest. Una de mis especialidades era Letras Hispánicas y el contacto con los latinoamericanos resultó para mí no sólo natural sino también necesario, ya que en la facultad se podía hacer cualquier cosa menos aprender de verdad una lengua. Fueron los años de la Unidad Popular en Chile y nosotros, hijos de un régimen socialista no electo (y, aunque más llevadero y *goulash* que las otras dictaduras del proletariado, con la experiencia del 56 en Hungría y del 68 en Checoslovaquia a nuestras espaldas), estábamos fascinados con la idea de un socialismo democrático que llegara al poder por sufragio universal.

De manera nebulosa y hoy difícilmente reconstruible, Cuba entraba en el mismo paquete de mis simpatías con el Chile de Allende. Otra vez la ignorancia, el *wishfull thinking* y esa fascinación por lo exótico que, sin saberlo o quererlo, es desprecio: es verdad que esos negritos y muláticos siempre tan alegres y entusiastas con su revolución sufren necesidades a causa del pasado y el criminal bloqueo, pero ellos están contentos con lo que tienen, con lo que han logrado y lo que les ha dado la vida, Fidel Castro y la cartilla de racionamiento. Tienen lo que tenían que tener. Porque en aquel entonces ya había leído, fascinado, a Guillén. Y también a Carpentier. Yo tenía mis dudas respecto de los regímenes marxistas-leninistas. Pero si en Cuba se podían escribir libros tan sutiles sobre las contradicciones y las fuerza destructora de las revolu-

ciones como *El siglo de las luces* y *El reino de este mundo*, de Carpentier, la cosa no debía estar tan mal. Además, y sobre todo, el régimen comunista cubano no lo percibimos como tal, sino como una revolución diferente, más espontánea y popular, que buscaba una solución propia a una situación intolerable: miseria, subdesarrollo, esclavitud, enfermedades, explotación...

En fin, no sabía nada, pero actuaba como quien lo tiene todo claro. Mi ignorancia fue compensada con una supuesta ética de la justicia social y esto me dio una fuerza de argumentación imbatible. Me acuerdo de una discusión con un estudiante de español que acababa de regresar de Cuba donde estuvo un año como becario. Era un tipo ya en sí deleznable: un viejo de al menos veinticinco o veintiséis años, que andaba con traje y corbata como un funcionario, tenía entradas, cara que ahora identifico como de futuro ejecutivo pero entonces simplemente me parecía un imbécil, cara de queso, rasgos que ya empezaban a diluirse y una manera de hablar pedante. Él hablaba mal de su experiencia en Cuba. Decía que aquello era el Tercer Mundo; miseria, ignorancia y represión y que los cubanos no eran serios, no les gustaba trabajar y otras cosas por el estilo. Yo protesté indignado y él me respondió con la siguiente imagen automovilística, que aún me indignó más: la diferencia entre el comunismo y el capitalismo es como entre el Moskvich (un coche soviético todavía peor que el Volga) y el Mercedes. “¿Cómo puedes comparar?”, le dije preso de una furia incontenible... Ni hoy estaría de acuerdo con él, aunque por otras razones. Como es lógico, su postura prepotente sólo me afianzó en mis creencias y, como también es lógico, ese caballero hizo después una carrera en el aparato del Partido.

Más o menos por esas mismas fechas hice amistad con algunos becarios cubanos. La verdad es que fue algo más difícil. En lugar de una ligereza tropical, los estudiantes cubanos parecían más bien reservados. O mejor, reservadas. Porque ¿mala jugada de la memoria o signo de mis auténticos intereses?, sólo me acuerdo de chicas. Concretamente de dos, las más abiertas, las que a veces se atrevían a aparecer en las Fiestas Latinas que organizaban los estudiantes hispanoamericanos. Curiosamente las dos terminaron casándose con húngaros, pero aún más curiosamente, esto ocurrió muchos años más tarde. Antes, en el presente del que estoy hablando, fueron expulsadas de Hungría. Fue un caso que sacudió a la pequeña comunidad latina de Budapest. Una sacudida que valió por un despertar ideológico para muchos.

Las cosas ocurrieron de esta manera: hacía tiempo que las cubanas no aparecían por ningún lado. Yo pensaba que era por esa reserva que las caracterizaba. Llamarlas por teléfono era prácticamente imposible: había un sólo aparato para cientos de residentes. Además, tampoco teníamos una relación tan estrecha. En cualquier caso no me extrañaba demasiado porque con estas amistades uno siempre queda en algo que luego sólo se cumple por casualidad. Pero un día me encontré con una amiga ecuatoriana, hija de un líder comunista, bajita ella y gordita, tímida y amorosa, buena gente, en definitiva. Ella me lo contó: casi todos los estudiantes cubanos del curso preparatorio (donde enseñan la lengua húngara y los conocimientos básicos del país), unos treinta en total, fueron botados, como dirían los cubanos (¿o debería de-



Julio Girona

cir retirados?) por las autoridades cubanas por fraude en el examen del idioma magiar. “¿Fraude?”, pregunté porque no entendía nada. Mi español a la sazón era bastante limitado y ni siquiera conocía el concepto de fraude electoral, debido a que en nuestras elecciones unicandidistas no hacían falta semejantes artimañas. ¡Pero fraude en un examen! Sonaba muy grave, sobre todo, cuando me enteré de que esos criminales del estudio sólo habían utilizado sus notas de clases para responder el examen. Una compañera de ellos los chivateó y la embajada armó un show acusándolos de no haber actuado como revolucionarios de las aulas, sino como estudiantes normales y corrientes. Fueron expulsados en muy poco tiempo, ni les permitieron despedirse de sus amigos y compañeros. La ecuatoriana, cuya versión me fue confirmada diez años más tarde por las dos amigas a las que volví a ver en Cuba, estaba desolada: ni siquiera la autorizaron a acompañar a su mejor amiga al aeropuerto.

En una situación mucho más pintoresca y artística volví a tener una experiencia parecida. No en cuanto al fraude escolar, sino por la actitud “indigna” de alguien que despierta los celos de las autoridades cubanas. En septiembre de 1971 me llamaron a trabajar en Budapest como traductor con el Ballet Nacional de Cuba. Me acuerdo del impacto, ¡cómo voy a olvidarlo!: esas chicas

de todos los colores de la paleta, exageradamente pintadas, flacas y estilizadas como títeres o maniqués con gruesas medias de calentamiento, haciendo movimientos extraños y, para un servidor que venía del campo de las letras, hasta obscenos, en cualquier lugar, pasillos, cantina, camerinos... No parecían de este mundo, pero en mí despertaron sensaciones más bien mundanas. Como yo era el último mono entre los intérpretes y tenía menos experiencia, no se me había asignado ninguna tarea especial. Estaba como en reserva, por si hacía falta acompañar a alguien al médico o cosas por el estilo, así que me pasaba la vida en la cantina y alrededor de los camerinos, resolviendo pequeños servicios caseros, como ayudarles a pedir un sandwich a la plancha. Tenía mis amores imposibles entre las solistas, pero finalmente sólo pude trabar amistad con algunas de las jóvenes promesas. No sospechaba que de esas pláticas tontas, de ese coqueteo torpe saldría un agravio mayor contra la revolución. Más tarde me enteré de que una de mis amigas había sido devuelta fulminantemente a Cuba en la siguiente escala de la gira, Polonia, y entre las acusaciones contra ella figuraba la supuestamente demasiado buena relación conmigo.

Como en el caso de los becarios acusados de fraude, esta chica también vio truncada su carrera de por vida. Fue expulsada del Ballet Nacional, al igual que a aquellos les fue vedada la carrera universitaria. Jamás me he encontrado con semejante ambiente de represión y miedo en ningún colectivo. Todos los pasos, los gestos y las relaciones de los cubanos estaban controlados. Y no solamente por los encargados del Ministerio del Interior, sino también por sus compañeros y nadie sabía quién denunciaría a quién. Siempre había entre ellos muchísima gente encantadora, cosa que entre cubanos no es difícil de encontrar, pero su gracia se reducía por fuerza a la bobería, a los chistes, a lo banal. No sólo tenían miedo a hablar de política o a iniciar una aventura amorosa, sino a seguir un programa de visitas por la libre o comprar ciertas cosas que podían ser consideradas como concesiones al imperialismo. Me acuerdo de una ruleta de bolsillo que un bailarín finalmente no se atrevió a comprar.

Así conocí Cuba antes de llegar allí y lo más patético del asunto fue que esas experiencias no fueron suficientes para ayudarme a desarrollar una posición crítica. Consideraba esos horrores cotidianos como exageraciones acaso inevitables; como la enfermedad infantil de una revolución justa y necesaria. Hizo falta que, independientemente de Cuba, tomara una postura crítica frente al marxismo-leninismo, que conociera mejor la historia de los países socialistas para que, ya en mi primer viaje, pudiera entender también esa versión tropical del comunismo. El resto era ver y leer. Como siempre.